



General Francisco Antonio Pinto

Santiago de Chile.

El historiador chileno señor Ricardo Donoso lleva publicados muchos y variados trabajos, no sólo sobre hombres y hechos de su patria, sino también de nuestro país y de otras naciones del continente.

Además de pertenecer a numerosas instituciones de Chile dedicadas al estudio de la historia y la geografía, es profesor de esas especialidades en distintos institutos superiores de enseñanza y director de varias publicaciones de carácter científico y literario. Asimismo, forma parte, como miembro correspondiente, de la Academia Argentina de la Historia y de entidades similares de Estados Unidos de América, Venezuela y Perú.

DESDE que se alejara del suelo americano, el general San Martín mantuvo estrechas relaciones con sus amigos chilenos, primero con sus compañeros de armas, O'Higgins, Prieto, Miller, Pinto, y poco más tarde con los agentes diplomáticos acreditados ante las cortes europeas. Elocuente testimonio de esa confraternidad espiritual lo constituye la caudalosa correspondencia que cambió con la mayor parte de ellos en los años de su largo exilio, en la que es fácil seguir la expresión de sus angustias íntimas y de sus preocupaciones por el sombrío porvenir que veía para las nuevas nacionalidades que habían nacido bajo la acción de su espada. De esas amistades, surgidas al calor de la comunidad de ideas políticas, ninguna es más emocionante que la mantenida con el fundador de la independencia chilena, que se conservó lozana hasta la muerte, pero las amadas con cuantos chilenos se acogieron al solar europeo estaban vaciadas en el molde de la admiración y la gratitud al vencedor de Maipú.

De que estaban frescas las emociones de la gratitud en las almas chilenas, queda conmovedor: ejemplo en esa preciosa página de los "Recuerdos del pasado", en la que la galana pluma de don Vicente Pérez Rosales ha evocado la visita de San Martín al colegio hispanoamericano de Silveira en París, con ocasión de su paso por la capital francesa en 1829.

Pocos eran los chilenos que tenían por entonces ocasión de salir del nativo terruño, y de éstos sólo aquellos comprometidos en tareas diplomáticas o consulares lograron permanecer algunos años en Europa. Todos ellos cultivaron con el grande hombre las más estrechas relaciones de amistad en el último tercio de su vida. No resulta, pues, del todo fuera de lugar puntualizar el origen de esas relaciones y dar algunas noticias sobre sus proyecciones, así como sobre la personalidad de cuantos vivieron en la intimidad del ilustre expatriado.

En 1824 el gobierno de Santiago acreditó una legación ante la corte de Londres, que fué confiada al patriota don Mariano Egaña, a quien se le dió como secretario al señor don José Miguel de la Barra, joven que había recibido una esmerada educación y que desde temprana edad mostró inclinación por la vida pública. Agravado el gobierno de Santiago por la actitud de Mr. Canning, al negarse a reconocer su independencia política, suprimió, a fines de 1827, la legación en Londres y acreditó al señor de la Barra en el carácter de cónsul general en la capital británica, y poco más tarde, al reconocer Francia la independencia nacional, lo designó encargado de negocios ante el rey de los franceses.

El gobierno de Chile había decidido no pedir un reconocimiento expreso de su independencia, por considerarlo un paso depresivo para el decoro del país, pero no quiso despreciar ninguna oportunidad para anudar relaciones de amistad con aquellas naciones que aceptaban iniciarlas en un plano de igualdad jurídica. De acuerdo con este criterio procedió a nombrar, el 1º de abril de 1829, a don Pedro Palazuelos Astaburuaga cónsul general en los Países Bajos y a don José Joaquín Pérez cónsul general en Francia.

Palazuelos llegó a La Haya en marzo de 1830, y Pérez arribaba a París en junio del mismo año. De allí a poco llegaba a Europa un chileno trotamundos, don José María de la Barra, hermano de don José Miguel, quien en un curioso "diario" de sus peregrinaciones, que se ha salvado del olvido, nos ha dejado un curioso apunte revelador de la intimidad con que el general San Martín vivía entre cuantos chilenos se hallaban por esos días en Europa. Recordando su segundo viaje a Bruselas, en julio de 1830, escribía lo siguiente:

Luego nos dirigimos a casa de don Pedro Palazuelos, Plaza de la Moneda, quien nos había tomado un apartamento en su misma casa, cuya situación es alegre, teniendo por ambos costados los grandes edificios del Teatro y la Moneda, y al frente un hermoso club llamado de la Sociedad de Comercio, estando el resto de la Plaza ocupado por los mejores cafés del lugar. Inmediatamente fuimos con Palazuelos a ver al general San Martín, a quien anteriormente había

visitado en Londres, cuando estuvo de paso para Buenos Aires. El general nos presentó en la Sociedad de Comercio, de la cual era miembro, y donde con él y Palazuelos nos reuníamos a comer y a leer los diarios todos los días, y en seguida íbamos al Paseo del Parque o a ver algunas cosas del pueblo. Cabalga el general San Martín con gallardía y es un consumado gineete. El cicerone no nos fué necesario, porque San Martín nos explicó la batalla de un modo tan claro y preciso, y al mismo tiempo pintoresco, que parecía que hubiera estudiado mucho las campañas de Napoleón en el terreno mismo. Nos dimos cuenta perfecta del primer ataque y victoria de Napoleón y seguida del cambio completo en el plan por la aparición de Blücher. Criticó el general los movimientos como sólo

lo él sabe hacerlo. Era hermoso oír a San Martín explicando sobre el terreno a Napoleón. A los tres o cuatro días — agrega el viajero — nos llegó la noticia sorprendente de la revolución de París, de la que no tuvimos la menor sospecha al tiempo de nuestra partida; este acontecimiento contribuyó a que variásemos nuestro plan de viaje, determinando Miguel que en lugar de la proyectada excursión al Rhin, tomásemos el camino de Londres a los pocos días.

De cuán hondamente vinculado se encontraba el general San Martín con sus amigos chilenos constituyen emocionado testimonio dos episodios: al consagrarse el matrimonio de su hija Mercedes con el joven Balcarce, el 13 de diciembre de 1832, actuó de testigo en la ceremonia el encargado de negocios de Chile señor Pérez, y al efectuarse el bautizo de una hija del señor de la Barra, que había casado en Francia con una joven de sangre española, llevó a la pila bautismal y se le dió el evocador nombre de Maipina en homenaje al ilustre padrino.

Don José Miguel de la Barra permaneció seis años en su cargo diplomático, y al regresar a Chile se consagró con abnegación al servicio público, en el que alcanzó las más altas distinciones. En carta a O'Higgins del 26 de marzo de 1837, hacía el general San Martín un caluroso elogio suyo.

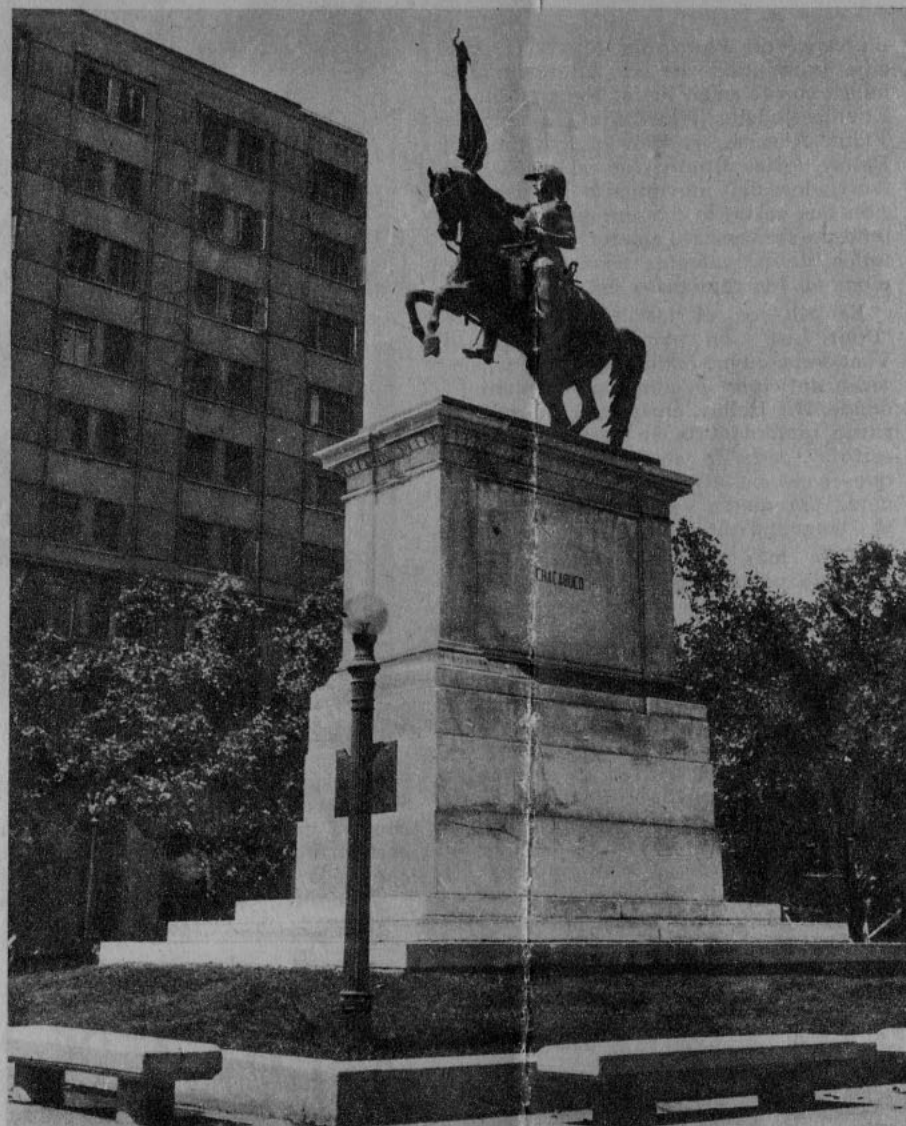
Esta carta la remito por conducto de mi honrado amigo el señor Miguel de la Barra — le decía —, que ha permanecido muchos años de Encargado de Negocios de Chile en Europa y ha sido reemplazado por el señor Rosales. Su separación me es sumamente sensible, pues prescindiendo de la amistad que le profesaba, era uno de los muy raros enviados de los nuevos Estados de América, cuya comportación, decoro y hombría de bien nos hacía más honor. El me ha ofrecido hacer llegar a manos de usted esta carta, luego que llegue a Valparaíso; si alguna vez tuviese que pasar a Lima, se lo recomiendo a usted como uno de mis mejores amigos.

Palazuelos estuvo poco tiempo en La Haya, por cuanto los trastornos políticos y el cambio de gobierno de Chile le impusieron repentino término a su misión, pero su retorno al país no apagó en su alma el calor de su afecto por el vencedor de Maipú. Por intermedio de Palazuelos escribió el general San Martín a su antiguo compañero de armas el general Joaquín Prieto trasmitiéndole sus felicitaciones por su elevación al mando supremo de la nación, y al año siguiente, en abril del 33, le expresaba su complacencia por haber tenido la generosidad de enviarle un pasaporte a su entrañable amigo O'Higgins, para que pudiera retornar a su terruño, pero de allí a poco las dificultades políticas internas y la lucha contra la Confederación Perú-Boliviana relegaron a un segundo plano aquellos propósitos conciliadores.

Restaurada la paz, en octubre de 1841 comenzó a discutirse en el Senado un proyecto de amnistía presentado por el gobierno: habían vuelto a Chile los desterrados y proscripciones que las contiendas intestinas habían arrojado al exilio, y el Ejecutivo pensó reintegrar en sus grados y empleos a los generales, jefes y oficiales separados del servicio a consecuencia de los acontecimientos de 1830, a lo que se agregó el pensamiento de declarar que los generales don Bernardo O'Higgins y don José de San Martín gozarían a perpetuidad el sueldo íntegro correspondiente a su grado militar, aun cuando residieran en el extranjero. El presidente Prieto escribió al general San Martín invitándole a establecerse en Chile. A este propósito se refería la carta del señor de la Barra del 14 de diciembre de 1841 en la que le decía: "En estas circunstancias escribe a usted el Presidente convidándole con un retiro honorable en el seno de sus amigos de aquí, que no dejan de ser bastantes, fuera de los muchos de la nueva generación, que veneran y aprecian debidamente el recuerdo de los bienes y gloria que proporcionó usted al país".

No fué indiferente la sensible alma del grande hombre a esa dedicada manifestación de afecto, y en su respuesta al señor de la Barra, el 22 de julio del 42, le decía: "Efectivamente, he recibido la carta que Ud. me anunciaba de ese señor Presidente: puedo asegurarle que al leer su contenido mi corazón rebosaba de satisfacción: en ella no sólo aprueba mi conducta militar en Chile, sino que noblemente me ofrece una nueva patria que sólo las más funestas circunstancias no me permiten aceptar, en el día".

Se inició desde entonces un intercambio epistolar entre ambas personalidades, que se prolongó por algunos años y que constituye una interesante fuente de información para conocer las ideas políticas y sociales del prócer y la impresión hecha en su ánimo por la marcha política de las naciones americanas. En su carta a Zenteno, de la misma



Monumento al general San Martín, en Santiago de Chile

EL GENERAL SAN MARTÍN Y SUS AMIGOS CHILENOS

Por RICARDO DONOSO

Especial para "La Prensa"

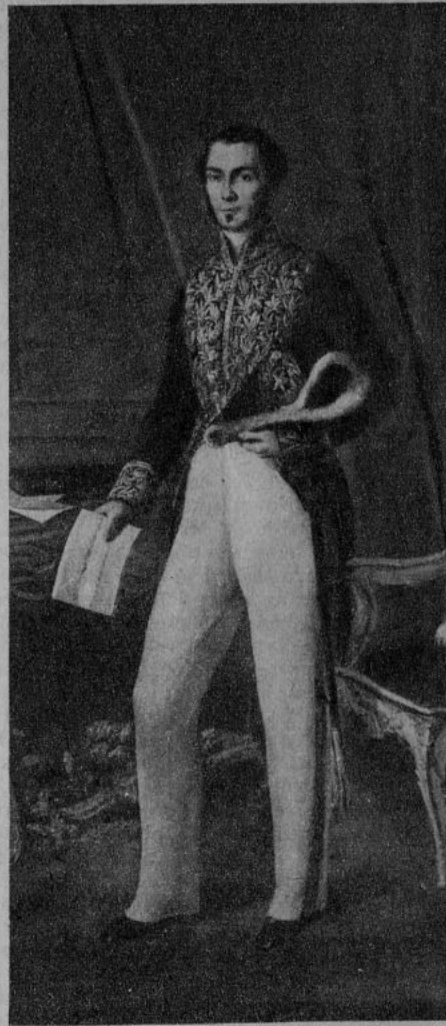
En esta fecha, se refería el prócer a cuantos amigos contaba en Chile. "Si, mi amigo — le decía —, las ventajas que me proporciona mi establecimiento en Chile no las desconozco, porque en ningún otro punto de América he tenido ni tengo el número de buenos amigos como en ésta: O'Higgins, usted, los generales Prieto, Cruz, Pinto, Borgoño y Blanco; los señores Salas, Palazuelos, Barra, Pérez, Cáceres, Quinta-Alegre, Tagle, Larraín, Zanartú, Sánchez, Aldunate, etc.; hay más, en ningún otro país he recibido de los particulares más demostraciones de sincero afecto..."

El mensaje enviado al Congreso para restituir al general San Martín en el goce de los emolumentos de alta jerarquía, habla claramente sobre el concepto en que le tenían los gobernantes de Chile. Estaba concebido en los siguientes términos:

Recompensar los servicios prestados a la patria durante la guerra de la Independencia, es el uso más noble que puede hacer de una de vuestras atribuciones, y no debe sorprenderos el proyecto de ley que someto a vuestra deliberación, cuando consideréis que el Gobierno se propone en él un fin digno de la Nación que representáis. Felizmente hemos llegado a una época en que la paz, el orden y las instituciones están solidamente afianzadas entre nosotros y podemos ya tender la vista sobre aquellos que nos pusieron en el camino de obtener tan inestimables beneficios. El General San Martín merece, sin duda, ser

recompensado por los servicios prestados a la patria durante la guerra de la Independencia, es el uso más noble que puede hacer de una de vuestras atribuciones, y no debe sorprenderos el proyecto de ley que someto a vuestra deliberación, cuando consideréis que el Gobierno se propone en él un fin digno de la Nación que representáis. Felizmente hemos llegado a una época en que la paz, el orden y las instituciones están solidamente afianzadas entre nosotros y podemos ya tender la vista sobre aquellos que nos pusieron en el camino de obtener tan inestimables beneficios. El General San Martín merece, sin duda, ser

recompensado por los servicios prestados a la patria durante la guerra de la Independencia, es el uso más noble que puede hacer de una de vuestras atribuciones, y no debe sorprenderos el proyecto de ley que someto a vuestra deliberación, cuando consideréis que el Gobierno se propone en él un fin digno de la Nación que representáis. Felizmente hemos llegado a una época en que la paz, el orden y las instituciones están solidamente afianzadas entre nosotros y podemos ya tender la vista sobre aquellos que nos pusieron en el camino de obtener tan inestimables beneficios. El General San Martín merece, sin duda, ser



Don Francisco Xavier Rosales y Larraín, primer ministro plenipotenciario de Chile en Francia

Don Ramón Luis Irrazábal, ministro de Chile ante la Santa Sede

LUTO PARA EL EJÉRCITO DECRETADO POR EL GOBIERNO DE CHILE

MINISTERIO DE GUERRA

Capitan General D. José de San Martín.

Santiago, noviembre 23 de 1850.

(275). Habiéndose dado aviso al Gobierno por el Encargado de Negocios de la República residente en París, que el 17 de agosto último falleció en Boulogne el Capitan General del Ejército de Chile D. José de San Martín, y considerando:

1º Que el mencionado Capitan General prestó a varias Repúblicas de la América del Sur, y especialmente a Chile, muy distinguidos e importantes servicios en las guerras de su emancipación política;

2º Que es un deber del Gobierno de la República honrar su memoria, y manifestar cuanto deplora su pérdida;

He venido en acordar y decreto:

1º La guarnición del Ejército que existe en esta Capital, vestirá luto por el término de quince días, a consecuencia del fallecimiento del Capitan General Don José de San Martín.

2º Los Comandantes Jenerales de Armas de la República impartirán las órdenes convenientes para que los cuerpos del Ejército que existan en las provincias de su mando lleven también luto por igual motivo y en el mismo término.

3º La misma orden se dará a la Escuadra por el Comandante Jeneral de Marina.

Comuníquese y publíquese.

BÚLNES.

PEDRO NOLASCO VIDAL.

contado en este número y exige un recuerdo que le manifieste nuestra gratitud. Existe hoy en países extranjeros y se halla en el último tercio de su vida. No sería honroso para Chile dejarle morir condenado al olvido en medio de la abundancia y prosperidad de que afortunadamente gozamos, más no contando él, como cuentan los militares a que se refieren los mensajes que os dirijo con esta fecha, el tiempo de servicio que exige la ley para obtener Cédula de retiro, el abono a título de pensión durante su vida, del sueldo que le corresponde por su empleo, sería una demostración de la gratitud que le debemos; pero careciendo el Gobierno de facultades para acordarlo a los militares que se hallan fuera del territorio de la República, ocurre a vosotros y de acuerdo con el Consejo de Estado os propongo el siguiente

PROYECTO DE LEY:

Al General don José de San Martín se le considerará por toda su vida como en servicio activo en el Ejército, y se le abonará el sueldo íntegro correspondiente a su clase, aun cuando resida fuera del territorio de la República.

Santiago, septiembre 6 de 1842.

MANUEL BUINES. J. SANTIAAGO ALDUNATE.

El proyecto fué sometido a la consideración de la Cámara de Diputados en sesión del 7 de septiembre. El diputado don Pedro Palazuelos, en una ardorosa improvisación, dijo:

"Debemos mirar e los mensajes como una inspiración divina, a la cual debe contestar sin tardanza nuestra conciencia; debemos darles la preferencia sobre otros asuntos, y en fin, debemos considerarlos como un símbolo de nuestra civilización".

La ley fué finalmente promulgada el 6 de octubre de ese año. Al tomar conocimiento de ella el prócer, dirigió a su amigo Rosales, el agente diplomático de Chile ante la corte de París, la siguiente nota:

París, 25 de marzo de 1843.

Señor Ministro: En la honorable nota de U. S. de 23 del corriente, he recibido igualmente la copia legalizada de la ley expedida en mi favor por la legislatura de la República declarándome por toda mi vida en servicio activo en sus Ejércitos y con el goce del sueldo de mi grado, aun cuando resida fuera del territorio de la República.

Al recibir con la más reconocida satisfacción, el testimonio con que me honran los representantes del pueblo chileno, permita U. S. le diga que ésta me ha aumentado al ver que para hacerme tan plausible comunicación se ha elegido a un bravo y antiguo patriota de cuya amistad me honro.

Dios gue. a U. S. muchos años.

JOSÉ DE SAN MARTÍN

Dos años más tarde el gobierno de Santiago obtuvo la autorización legislativa para acreditar una legación ante la Santa Sede, que fué confiada a don Ramón Luis Irrazábal, a quien sus adversarios políticos deseaban ver lejos del territorio, y de la que formó parte el joven don Aníbal Pinto, que ilustraría su nombre en el servicio público de su patria. Tenía entonces Pinto veinte años de edad, y era hijo de un ilustre militar y magistrado, don Francisco Antonio, con una brillante hoja de servicios a la causa de la independencia americana. La legación salió de Valparaíso en los primeros días de enero de 1846 y se detuvo en el Janeiro. Aquí tuvo Irrazábal ocasión de ver a don Tomás Guido, quien se lo presentaba al prócer en carta del 24 de febrero con los más calurosos elogios:

No es este caballero — le decía — de aquellos a cuyo mérito distinguido tengo que agregar recomendación alguna para que merezca de usted verdadera estimación. Basta para usted saber que es uno de los ilustres chilenos a cuyos afanes y desvelos se debe en gran parte el florecimiento de aquella República y que por sus altas cualidades está destinado a ejercer una influencia bienhechora sobre su país.

Acompañan al señor Irrazábal — le agregaba — los hijos de nuestros viejos amigos los generales Pinto y Aldunate, que conservan el tipo de sus honrados y beneméritos padres; y como estoy cierto que experimentará usted grande satisfacción en tratar al señor Irrazábal y conocer a aquellos jóvenes, lo presento a usted seguro de la amistosa y benévola acogida de usted.

Después de 110 días de navegación llegó el agente diplomático de Chile con sus secretarios a Burdeos, y de allí a poco se presentó a ofrecer sus respetos al prócer.

La carta de presentación que don Francisco Antonio Pinto proporcionó a su hijo da una idea de la calurosa veneración que el nombre del general San Martín había grabado en los corazones chilenos. "Marcha a Europa mi hijo Aníbal — le decía en ella — y al pasar por París tiene que cumplir con la obligación que incumbe a todo chileno, de besar la mano a quien nos dió patria. Sirvase usted, mi general, echarle su bendición, que es la única que ambiciono para él y que le servirá de un poderoso estímulo para no desviarse jamás de la senda del honor".

Le agregaba en ella algunas palabras sobre la tranquila marcha política de Chile y de cómo había resuelto el problema de ser republicano a pesar de hablar la lengua española. El general le contestó en términos llenos de ternura, y recordando que como él había sido el primer chileno a quien conociera 33 años antes, acentaba su error de considerar incompatible el carácter español con el régimen político republicano y

le hablaba de su hijo con el mayor elogio.

El prócer se ganó la adhesión y el afecto de sus compañeros de armas en las jornadas libertadoras, y los hijos de éstos crecieron y se formaron al calor de la admiración y gratitud hacia su personalidad, fraguada por su acción creadora. Esa primera generación de ilustres chilenos, que vieron la luz al afianzarse la libertad del terruño patrio en las jornadas de Chacabuco y Maipú, veía en la personalidad del prócer el símbolo de los ideales y sacrificios con que se había conquistado aquella. Es la llamada generación de 1817, a la que pertenecieron Varas, Tocornal, Astaburuaga, García Reyes y tantos más, formada en los ideales republicanos, y que contribuyó vigorosamente a la organización política y administrativa de Chile.

Por esos mismos días concurrían a Grand Bourg a exteriorizar sus sentimientos al general los jóvenes Francisco Javier y Manuel Antonio Tocornal, hijos de don Joaquín, que fuera uno de los ministros de la administración Prieto y jefe connotado del partido gobernante. Al regresar a Chile los jóvenes viajeros, ellos y su padre expresaron con emoción al ilustre exilado su reconocimiento y gratitud por las finas atenciones con que los había distinguido. De allí a poco se abrieron para Tocornal los cargos de más alta responsabilidad política y administrativa, que ilustraría con capacidad y brillante talento. Del concepto que San Martín se formó de la personalidad de don Manuel Antonio nos ha quedado constancia en una carta que escribiera a Palazuelos, en la que le decía:

He tenido una verdadera satisfacción en haber conocido al señor Tocornal: instruido, moderado y amable, no se le puede tratar sin desear ser su amigo; yo estoy muy seguro que su residencia en Europa le será muy ventajosa, no sólo por el caudal de conocimientos que adquirirá en su carrera, sino también porque poseyendo un carácter observador, no se dejará deslumbrar por las apariencias de una civilización avanzada y sólo adoptará las que sean más apropiadas a su patria. En la nutrida correspondencia del prócer con sus amigos chilenos, es fácil seguir la huella de sus preocupaciones y de sus ideas: miraba con honda angustia la anarquía en que se debatían algunas naciones americanas, sumidas en drama pavoroso en medio de las ambiciones de los caudillos, y observaba con patriótica indignación la intervención de las potencias europeas en las cuestiones domésticas de Sud América. En su opinión era necesario huir tanto de las quimeras de los visionarios como de las desorbitadas pretensiones de los caudillos: de aquí que elogiara el buen sentido y la cautela con que Chile se había embarcado en las reformas, procurando ajustar su legislación al estado de la cultura y a la estructura social de la nación. Temía que las agitaciones sociales de Europa repercutieran en América y precipitaran a estas nacionalidades en la anarquía y el caos.

Refugiado en Boulogne, en su gloriosa ancianidad, hasta allí iban a golpear su puerta los agradecidos corazones chilenos. A fines de 1848 viajaban por Francia los caballeros chilenos Silvestre Ochagavía e Ignacio Valdés Carrera. Este último refería en su "diario de viajes", en estos términos, su visita al general: "Noviembre 4. Salimos con Silvestre Ochagavía para Boulogne donde llegamos a las 8 1/2 de la noche. Allí visité al general San Martín, que me llenó de cartas para Chile. El estado precario de salud de este venerable padre de nuestra revolución, me entristeció. Tan ciego y agobiado de achaques, se despidió de mí con la emoción bien significativa de su poca esperanza de volver a verme".

Dos años después se hundía su ánima heroica en el eterno silencio. El agente diplomático de Chile ante la corte de Francia dió cuenta de su fallecimiento en una nota del 12 de septiembre, en la que rendía homenaje al fundador de la patria chilena.

Poco más tarde se quebraba también la frágil arcilla de los dos dilectos amigos del prócer, de la Barra el 19 de marzo de 1851 y Palazuelos el 26 de diciembre del mismo año. Pero le sobrevivieron, entre otros, Tocornal, que tuvo la fortuna de pagarle el tributo de su adhesión y su admiración incondicional al inaugurarse el bronce que recuerda su personalidad y sus inmortales servicios.

El alma chilena vibra conmovida en estos días en que el prócer, respetado por sus contemporáneos, admirado por los chilenos que nacieron en la sombra de las instituciones que hizo surgir su espada, reconocidos a sus esfuerzos libertadores, entró a la inmortalidad y a la gloria.